

GLORIA MUÑOZ

ÁLEX SUSANNA

Los acentos de Gloria Muñoz. 2006.

A diferencia de otros pintores de su generación que, llegados a una cierta plenitud vital, comienzan a decaer como artistas, la obra de Gloria Muñoz parece inmersa o impulsada por un incesante proceso de búsqueda. Diría más, en esta nueva exposición detectamos una intensificación de sus propios recursos que no dudamos en calificar de hiato en su trayectoria.

Un salto cualitativo consistente en forzar el propio proceso creativo con el fin de no caer en inercias ni en falsas seguridades, de adentrarse por caminos a penas entrevistos y como tales de resultados inciertos, en abandonar el conjunto de coordenadas que hasta ahora constituían su terreno de juego plástico para buscar otras nuevas que le permitan ir más allá en el proceso de interiorización creciente iniciado a principios de los noventa (quizá a raíz de convertir la antigua iglesia de un convento en uno de sus estudios y haberse aplicado a dialogar a fondo con este ámbito tan inusual, a robarle el alma).

Interiorización y libramiento. De hecho, la obra de esta pintora cada vez se ha ido pareciendo más a una forma de contemplación: primero, del mundo externo que nos llena hasta el deslumbramiento la retina y pide ser atendido, reflejado trasladado con toda su carga expresiva al lienzo; luego, poco a poco de la penumbra de unos interiores despojados la correspondencia entre el vasto espacio del estudio y las naturalezas muertas -tan vivas- que lo habitan, la súbita dialéctica entre unos muros desafectados y el conjunto de revelaciones que todavía anidan en ellos: la irrupción de lo sagrado como forma de conocimiento intangible pero real.

Finalmente tanto o más que una forma de contemplación hayamos un careo con uno mismo, el descenso a las propias simas -allí donde somos más nosotros sin saberlo, tal vez sin querer saberlo-, la necesidad de pasar cuentas y jugársela: de ahí la tremenda agitación de la materia espiritual que se forma en cada una de estas nuevas obras -las masas

de color arremolinadas de las que surgen indicios o esbozos de presencias-, y el instinto de dinamismo que impera de punta a cabo, un empeño pese a todo compositivo, resolutivo. Como la música, también la pintura puede tratar de aquello que escapa a la esfera estricta de la significación y tender al apresamiento de impensadas armonías. Unas armonías planteadas, sin embargo, en tanto que "equilibrio de fuerzas en una tensión extrema", como dijera Schönberg, jamás como una resolución meramente formal e inerte.

Al fin y al cabo, parece como si Gloria Muñoz compusiera sus cuadros sobre una partitura sin pentagrama, o sin un medio borrado o difuminado, a penas un palimpsesto: indispensable, con todo, para que la obra "cuelgue de lo real y no lo pierda todo en el naufragio del arte no figurativo" (como dice Lévi-Strauss en *Regarder écouter lire*), y pueda al mismo tiempo retomar una forma u otra de diálogo con la tradición y sus viejos maestros. Por ello ahora cada obra responde mucho más a un entramado de pulsiones internas que necesitan ser acordadas - como mínimo plásticamente -, que no a un afán de mimesis o evocación lírica, que tan buenos resultados por otra parte le había dado en épocas anteriores.

En los cuadros más autónomos y compulsivos de la presente exposición, aquellos que realmente se aguantan casi al margen de referentes externos, la interiorización a la que el artista ha sometido sus elementos configurativos le ha llevado a saltar sin red y pintar como poseída por un daimon feroz al que solo guía una lógica pictórica (la "idea" en contraposición al "estilo"). El acto creativo se convierte así en una forma de raptus en el que uno pinta y se deja pintar para que todo quizá acabe encontrando su equilibrio interno: cada cuadro hecho altar -tabernáculo, ara u hornacina, tanto da- de sí mismo, espacio de ofrendas, sacrificio y celebración.